



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA AMPALAHUA Y EL ZORRO

Sucedió una vez que una Ampalahua, de las más grandes conocidas en los anales de la ofidiología nacional, vivía con su habitual mansedumbre y silencio; entre los escuetos y agresivos arbustos de la región montañosa de La Rioja, alimentándose de conejos silvestres, yavecillas, que lograba fascinar con sus ojos de ascuas y sus tornasoles bizantinos.

La verdad es que de ningún daño mayor podrían quejarse las gentes vecinas, ni los animales domésticos, sino más bien habrían de felicitarse de que la inofensiva boa los liberase de esos dañinos rapaces de los sembrados próximos.

Más perjuicios causaba el astuto y artero Zorro, que merodeaba por los ranchos más cercanos tras de los pollos y gallinas, que, incautos, salían a

pastar por los rastrojos adyacentes y hallaba siempre el medio de escapar de las trampas y a los perros dispuestos para su persecución.

No miraba Don Juan con ojos tranquilos a la perezosa Serpiente, a la cual creía una rival temible en lo de la caza y lograría de sus presas codiciadas; y así, dio en hostilizarla y echar sobre ella la culpa de todas las desapariciones y mermas en las haciendas menores de la vecindad.

-¡Claro! –dijo un día a uno de los perros más transadores y disimulados de la casa-, mientras dejen ustedes con vida a ese culebrón hambriento que todo lo traga, no tendrán jamás gallinero, ni huevos, ni provecho alguno de su trabajo.

Y como la clandestina conferencia se celebraba en un rincón del espeso del bosque, donde el can hipócrita solía ir a vender al Zorro los secretos de la granja, no vieron a la silenciosa Ampalahua que los escuchaba, y descubrió la traición del guardián doméstico y la intriga cobarde del raposo aventurero.

-Me la pagarás, pícaro ladrón, -se dijo para sí, retirándose del sitio, siempre oculta por los arbustos y las rocas, y por su color de la tierra, yendo a colocarse en sitio por donde su delator pasaba en sus rondas fructíferas.

Cuando el Zorro asomó con los movimientos sinuosos de su cuerpo elástico, trayendo en la boca una gallina ya exánime, la Boa, que había reunido en sus ojos y en su voz todo el fascinante influjo de su raza terrible, alzó la cabeza de pronto y le gritó:

-¡Alto ahí, Zorro ladrón y delator! ¡Suelte esa presa y dispóngase a morir, pues ya llegó su hora!

Aterrado por la súbita aparición, el audaz se quedó petrificado, electrizado, y como clavado por las miradas de fuego de la Serpiente; y no pudo articular ni un grito, ni mover una pata, ni acordarse de ninguna de sus ingeniosas escapadas de todo peligro, que le han hecho inmortal en los anales milenarios de la fábula.

Y los ojos de ascuas lo atraían, lo inmovilizaban, lo aniquilaban, hasta no darse cuenta de la proximidad de las fauces abiertas que iban a devorarlo. Así, cuando éstas ya se abrieron encima de su cabeza, como la boca de un subterráneo, guarnecida de clavos y de carbones incandescentes, quiso exhalar un alarido de terror, que no pudo concluir, porque de un bocado quedó preso, y con lentitud implacable los férreos anillos del ofidio, lo

fueron introduciendo hacia el vientre triturador como el de una máquina de chancar metales.

Las crónicas de la región cuentan que a medida que los anillos de la Ampalahua iban ciñéndose al tronco de un robusto algarrobo, oíase dentro de su vientre el craquido de los huesos del ajusticiado al despedazarse; y los paisanos, cuando quieren moralizar sobre ciertos intrigantes que medran a expensas de la paciencia de los buenos y la tolerancia de los prudentes, le refieren a uno:

-Sucedió una vez que una Ampalahua...

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

